

EL REPORTAJE

La cruz vuelve a alzarse en Irak

• Tras sobrevivir al EI, la minoría cristiana iraquí intenta rehacer su vida entre miedos e incertidumbres



Los trabajos de reconstrucción del santuario de Behnam y Sara (Marís Diéguez)

MARÍA DIÉGUEZ, QARAQOSH (IRAK). SERVICIO ESPECIAL

06/01/2019 01:49 | Actualizado a 06/01/2019 09:51

No es fácil empezar de cero. Ismail, a sus 18 años, no puede volver al colegio porque sus vecinos creen que perteneció al Estado Islámico (EI) y le tienen miedo. Pero él se cortó la barba en cuanto tuvo ocasión. Como cristiano iraquí, no quería llevarla, pero el grupo terrorista le obligó. Al igual que le obligó a hacer otras cosas.

Bartella y Qaraqosh –nombre en turco de Bajdida–, las dos mayores ciudades cristianas iraquíes, están en reconstrucción. Tan sólo la mitad de la población, 250.000 familias de las 500.000 que hubo antes del 2014, se han atrevido a volver de los campamentos de refugiados en Erbil (la capital kurda). La vuelta ha sido impulsada por la esperanza que despierta la llegada de los curas y las monjas. La cruz, como símbolo de victoria, se ha vuelto a imponer en estas ciudades, y las iglesias y catedrales están siendo los primeros edificios en volver a ponerse en pie. “Después de que el EI destrozara todas las cruces, tenemos que reconstruir la base de nuestra sociedad en la fe”, explica sor Lika, una dominica que no ha perdido la sonrisa después de todo lo ocurrido.

“Muchos musulmanes se han vuelto ateos; después de este horror, han dejado de creer”

“Muchos musulmanes se han vuelto ateos; después de este horror, han dejado de creer”, afirma una profesora cristiana de la Universidad de Mosul. Durante la ocupación del Estado Islámico, la universidad estuvo cerrada por impartir asignaturas vinculadas a las ciencias y las artes, pero ahora, con la nueva apertura, cristianos y musulmanes intentan convivir en las aulas. No es fácil, ya que el porcentaje no es equitativo: 10 de 30 profesores son cristianos y el 90% de los alumnos son musulmanes. “Algún alumno ha querido que parásemos la clase porque era hora de la llamada al rezo, pero hay que mantenerse firme para que un centro de enseñanza sea para todos igual”, insiste esta profesora.

Los menores son los que realmente están teniendo dificultades. Cada vez hay más colegios privados porque el Gobierno iraquí no imparte una educación de calidad, según asegura Al Ijaa, directora de uno de los nuevos colegios en Qaraqosh. En secundaria sólo pueden impartir hasta el nivel de segundo curso, ya que la casa que han alquilado limita la escuela a tener cuatro clases de unas quince chicas –el Estado impide los colegios mixtos en secundaria–. Cuanto más pequeños, más problemas psicológicos y de comportamiento tienen los niños, según los cuidadores. Estos observan que son más violentos y que el trastorno postraumático a causa de la guerra se ha apoderado de muchos de ellos, que se han refugiado en su interior. “Al principio nos costaba mucho que los niños se montaran en el autobús escolar porque tenían miedo de que el EI se los llevara”, explican los profesores.



Un ciclista ante uno de los colegios destruidos (Marís Diéguez)

Fue en un autobús donde se llevaron a la pequeña Christina de las manos de su madre, Aida. “Nos la das o la matamos ahora mismo”, amenazó un miembro del grupo yihadista. Después de cuatro años, cuando la niña ya tiene ocho, ha sido rescatada por el ejército iraquí y devuelta a su familia, junto a sus hermanos. Ahora, después de meses teniendo pesadillas, parece que avanza de nuevo, aunque no sea fácil.

El miedo aún es palpable en estas ciudades videovigiladas y armadas por militares que custodian los colegios cristianos en barrios predominantemente musulmanes. Estos sistemas de seguridad no son financiados por el Gobierno iraquí, igual que tampoco lo está siendo la reconstrucción de las casas. “Hay oenegés y organizaciones cristianas como el SIT —Solidaridad Internacional Trinitaria— que nos están ayudando en la reconstrucción, pero el Gobierno no mueve ni un dedo por nosotros”, explica un vendedor mientras atiende a una mujer en su comercio.

No son pocos los que consideran que con Sadam Husein había más libertades y seguridad. A pesar de la guerra contra Irán y la represión, los cristianos vivían mejor. O eso piensa Serifa, que con sus cerca de 90 años vivió aquella época: “Los bombardeos eran lejos, no encima de nuestras casas y colegios”. Para ella, los saqueos y los robos por parte del Estado Islámico han sido lo que más inseguridad ha causado a la población. “Entraban en nuestras casas y cogían lo que querían”.



Cruces junto a una inscripción que pone 'propiedad del Estado Islámico' (Marís Diéguez)

Otro de los problemas, aparte de los robos, ha sido la destrucción de las infraestructuras. Algunos enfermos, como Talal, que ha vuelto a la región para ayudar a los vecinos más desfavorecidos, y seguir la tarea que ya desarrolló en los campamentos de refugiados cristianos en Erbil repartiendo comida y bienes de primera necesidad, tienen ciertas dificultades con los medicamentos porque los hospitales no disponen prácticamente de suministros, ya que la fábrica de Mosul fue destruida por el EI y la importación que puede llegar de países como Irán y Turquía sale cara.

“El Gobierno dice que los cristianos somos invitados, pero la historia dice que ellos son los invitados”, afirma Abdi, el arquitecto que está reconstruyendo el santuario de Behnam y Sara, uno de los más importantes por su antigüedad y su belleza. Abdi se refiere a que el monasterio situado en la llanura de Nínive data del siglo IV y, según él, eso refleja una prueba histórica de que los cristianos llevaban mucho tiempo en las tierras de la antigua Mesopotamia previa a la invasión árabe.

Los cristianos intentan encontrar su hueco dentro de la sociedad iraquí. Es el caso de Habib, quien, después de luchar junto al ejército kurdo contra el Estado Islámico año y medio, ha decidido dedicarse a ser conductor y transportar a cualquiera que lo necesite. Hay pocas oportunidades de trabajo, y tener estudios no es decisivo. El joven Andrew se queja de no encontrar trabajo a pesar de haber terminado los suyos; mientras tanto, gracias al inglés, va ejerciendo de traductor para cualquier extranjero que aterrice en Qaraqosh.

Otros, como Ismail, están condenados a la desconfianza. “No tengo trabajo, pero tampoco puedo volver al colegio”, afirma con una impasibilidad asombrosa en su mirada. Estuvo dos años y medio con el EI. Ellos le obligaron a convertirse al islam y aprender una formación religiosa, académica y militar que ahora no le sirve para nada. Durante las vacaciones de tres días que le dieron en la academia, buscó a su madre y huyeron. Fueron directos al campo de batalla, donde el ejército iraquí desbancaba las posiciones del EI en Mosul. Después de tres días encerrado en una casa debido a los tiroteos y las explosiones, se cortó la barba y salieron con banderas blancas.

El futuro de los cristianos en Irak es incierto. “El Estado Islámico está en todas partes”, dice Abida, una mujer vendida como esclava que tiene miedo a revelar su identidad. La vuelta de estas personas a sus hogares es un paso de valentía, porque lo hacen a pesar del miedo. “Aún hay coches bomba que explotan porque los dejaron ahí abandonados”, explica. También se ven sin ningún tipo de respaldo por parte del Estado o de los kurdos, que están absorbidos por sus propios problemas políticos, o esa es la sensación que tienen los cristianos de Qaraqosh.

Al final, el arte se ha convertido en una escapatoria y una forma de reflejar lo que muchos de ellos callan, pero han vivido. Los niños más pequeños de las escuelas dibujan cuerpos rojos, armas que disparan y casas ardiendo. En el caso de Ismail, ha optado por hacer retratos de las personas que más quiere y de sus personajes de referencia, incluidos Son Goku y Jesús. Cuando le preguntas por la barba, lo tiene claro: nunca más la dejará crecer.